

XIII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2019.

Breve ensayo sociológico sobre ISIS en Irak y Siria.

Mariano Millán.

Cita:

Mariano Millán (2019). *Breve ensayo sociológico sobre ISIS en Irak y Siria. XIII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-023/377>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Breve ensayo sociológico sobre ISIS en Irak y Siria

Autor: Mariano Millán

Eje: 4

MESA: n° 64, Guerra, conflictos armados y sociedad. Abordajes desde la sociología, las humanidades y las ciencias sociales

Pertenencia institucional: CONICET-Instituto Ravignani, UBA / Sociología, UBA.

Correo electrónico: marianomillan82@gmail.com

Resumen

En la presente ponencia se analiza el surgimiento del Estado Islámico (ISIS) en el marco de la situación geopolítica y militar de Medio Oriente tras casi una década de la invasión de Irak por los EEUU y los levantamientos en varios países de la región en el contexto de la llamada “Primavera Árabe”. Se repasan las tensiones entre potencias regionales y locales, explicando sus mutaciones en función de disputas propias de los territorios abarcados en las conflagraciones y de paralelogramos de fuerza globales. Asimismo se establecen ciertas hipótesis acerca de la constitución y consolidación de lazos sociales a partir de la disgregación, segmentación y violenciación propia de un territorio en guerra. En tal sentido, se enuncian la importancia del lazo de protección y de la autoridad emanada de la victoria como elementos clave para comprender la adhesión de ciertos colectivos a las fuerzas del Estado Islámico.

Palabras clave

Estado Islámico – Irak – Siria – Yihadismo - Geopolítica

Introducción

En la presente ponencia analizamos el surgimiento del Estado Islámico (EI) a comienzos de la presente década en territorios de Irak y Siria tomando como fuente la bibliografía especializada. En este proceso se conjugaron fenómenos sociales de diferentes escalas temporales y espaciales, que sentaron condiciones para la afirmación de una organización político-militar extremista islámica que se propuso exitosamente controlar determinado territorio.

Nuestra indagación reviste interés por varias razones. En primer lugar porque esta experiencia interpela nuestros conceptos sobre las guerras actuales. Desde los escritos pioneros de Mary Kaldor (2001), en el mundo académico fue ganando aceptación la idea, acuñada antes por los *think tanks* del aparato industrial militar norteamericano, de que lo bélico se había transformado y los antagonistas de las potencias ya no serían otros Estados y sus tropas de línea, sino grupos clandestinos que emplearían tácticas irregulares (entre otros Munkler, 2005; Nievas, 2007; Sofsky,

2004 Verstryngne, 2007), destacándose una amplia bibliografía sobre el terrorismo, ya ingente desde fines de la pasada centuria (entre otros: González Calleja, 2013; Jordan, 2004; Laqueur, 2003; O’Sullivan, 1987; Russel y Reid, 2005; Wieviorka, 2015). Contrariamente, el EI es uno de los pocos grupos insurgentes del siglo XXI que se propuso conformar un Estado y emplear, entre otras, tácticas regulares.

En segundo término, el presente estudio se propone un diálogo crítico con la tesis del “choque de civilizaciones” esgrimida de Samuel Huntington (1997), ampliamente difundida en la prensa comercial de Occidente e incorporada al sentido común de la dirigencia y la población de la Cuenca Atlántica. Por ello presentamos la siguiente pregunta: ¿En el examen del proceso de surgimiento del EI se revela una línea de separación, y polarización, entre los grupos políticos intervinientes que pasa centralmente por la cuestión “religioso-cultural”?

En tercer lugar, el examen del EI, una de las principales formaciones en una de las regiones más convulsionadas del planeta, donde intervienen política y militarmente las grandes potencias, con repercusiones directas en regiones centrales del sistema mundial puede brindar elementos de relevancia para el análisis del escenario geopolítico global.

Asimismo, el EI se cuenta entre los fenómenos bélicos que provocan mayor curiosidad popular en territorios lejanos, dando lugar a representaciones sociales donde se mixturán el tradicional exotismo “orientalista” y el diagnóstico psiquiátrico a distancia. Después del ataque a la revista satírica Charlie Hebdo en París, durante el invierno de 2015, el yihadismo despertó la atención de una cantidad ingente de periodistas y especialistas de las ciencias sociales que, al día de hoy, prosiguen un debate donde se preguntan si el EI es una forma de fascismo, una organización de derecha de nuevo tipo, si expresa un antiimperialismo inconsciente, etc.

En tal sentido existen numerosas obras sobre Medio Oriente, el islam político o el fundamentalismo islámico que ubicaron el surgimiento del EI (o según las acepciones al DAESH o ISIS) como un hito en la evolución sociopolítica de la región y/o de ese espectro del arco político (entre otros: Burgat, 2016; Dakhli, 2016; Saborido y Borrelli, 2016). Varias de ellas, influenciadas por la mencionada tesis del choque de las civilizaciones, resaltaron las diferencias culturales que motivan el accionar de EI. En la mayoría de estos trabajos se resalta la gravedad de la amenaza de esta formación política para los intereses occidentales (AAVV, 2015; Beck, 2015; Erelle, 2015; Moore, 2015; Onfray, 2016; Stackelbeck, 2015; Stern y Berger, 2015; Warrick, 2015; Wood, 2017). Desde otras perspectivas, se ha destacado la inconsistencia de los supuestas civilizaciones descritas por Huntington, demostrando que no existe una frontera física, política, social o cultural entre culturas y, más importante aún, que las adhesiones al yihadismo no tienen relación directa con una socialización intensiva en los valores e ideas coránicas (Kepel, 2016; Roy, 2017; Scavino, 2018).

Por el contrario, se sostuvo que la incorporación de habitantes europeos a estas redes se corresponde más con una radicalización de la juventud pobre sin horizontes utópicos donde canalizar su descontento que en sólidos patrones culturales (Kepel, 2016; Traverso, 2018). Asimismo, se resaltó que el enfrentamiento de los fundamentalistas islámicos con Occidente les retribuía un enorme prestigio en sus países y territorios, en detrimento de organizaciones más conciliadoras (Dyer, 2015; Luizard, 2015; Morrell y Harlow, 2016; Napoleoni, 2014) y que el EI contaba con la imprescindible participación de personal político-militar otrora laico y contrario al yihadismo, como los numerosos ex militares baazistas iraquíes (Gerges, 2016; Cockburn, 2015 y 2016).

Se comprende la ausencia de una explicación sociológica que articule dimensiones espaciales, temporales y de sociabilidad de diferentes magnitudes. Por ello proponemos en primer término considerar escalas espaciales de diversa magnitud, donde interactúan de manera conflictiva, y no siempre coherentemente, actores del ámbito global, regional, nacional y local. En segundo lugar, reconocer la operatividad de procesos históricos de largo, mediano y corto plazo. Finalmente, una aproximación desde la tipología weberiana puede ilustrar la importancia de los vínculos de protección en contextos de guerra civil y crisis civilizatoria.

Las escalas espaciales

a) El sistema mundo hacia el multipolarismo

En la presente década el escenario geopolítico mundial presenta elementos peculiares, muchos con raíces de largo y mediano plazo pero que, en su conjunto, dibujan un panorama relativamente diferente al inmediatamente posterior a la Guerra Fría. Nociones como “sistema unipolar” o “consenso de Washington” se encuentran en desuso o crecientemente cuestionadas por quienes sostienen que nos encontramos en un sistema multipolar o en uno que tiende a esa forma. Las razones esgrimidas son varias: el estancamiento de Japón y las contenidas pero sucesivas crisis en países de la Unión Europea y en su organización supranacional, aliados fundamentales de los norteamericanos en el Pacífico y el Atlántico, junto al ascenso meteórico de China segundo lugar de la economía mundial, lo cual la convirtió en el centro de nuevos nodos financieros y de mercados de bienes y servicios de alta tecnología, y el comienzo de cierta recuperación geopolítica de Rusia en el centro del espacio euroasiático, el viejo y conocido “pivote geopolítico”.

A pesar de estos señalamientos, subrayamos que el lugar de los EEUU en el sistema mundial sigue siendo determinante: invierte la mitad del presupuesto militar global, tiene instalaciones castrenses en más de un tercio de los países, es por lejos primera potencia económica y el socio con mayor capacidad de decisión de cuanto foro o institución internacional existe. Sin embargo, su diferencial

es cada vez menor y a simple vista no se advierte cómo podría recuperar parte de la distancia acortada.

En este concierto, los escenarios del llamado “sur global” presentaron características muy diversas. En América Latina no se registraron desafíos significativos para la estabilidad y el equilibrio global. Se vivieron contadas crisis en el monopolio del ejercicio de la violencia en México y Centroamérica, pero se consolidó la victoria del Estado en la zona andina, como en Perú, o en Colombia, donde las guerrillas han perdido terreno. La situación es relativamente diferente en el África Subsahariana. En las guerras de Mali y Costa de Marfil llegaron a intervenir tropas francesas. En Nigeria los islamistas de Boko Haram controlan varias zonas, desafiando a una coalición compuesta por Camerún, Níger, Chad, Benín y la misma Nigeria. En Sudán, ya dividido, parece no apagarse la guerra civil, mientras prosiguen los enfrentamientos en Burundi y en la República Centro-Africana.

Los conflictos armados en el Tercer Mundo de mayor incidencia para el sistema se localizan en Medio Oriente. Se trata de un espacio cuya porosa frontera norte se constituye en la gruesa franja que cubre Siria, Irak y Afganistán, con Irán entre los últimos dos. Su linde meridional se ubica entre el Golfo Pérsico y el Océano Índico, donde se destaca la actual crisis en Yemen. Hacia el Este se acerca a India y China y hacia el poniente concluye en el oriente y el sur del Mar Mediterráneo.

b) Oriente Medio, Irak y Siria

Uno de los epicentros de Medio Oriente es Palestina, donde tras la caída del Imperio Otomano, hace un siglo, se vienen desarrollando disputas por su control con la intervención de potencias globales. En un primer momento con el Reino Unido, luego de la Segunda Guerra Mundial con Israel, uno de los principales aliados de los EEUU, cuya expansión militar de 1967, durante la Guerra de los Seis Días, contribuyó significativamente a regionalizar el conflicto.

El otro, nuevo epicentro desde el siglo XXI, es Irak, invadido en 2003 por segunda vez por una coalición encabezada por los norteamericanos, tras el ataque de 1991. La destrucción del Estado-Nación iraquí dio lugar a una guerra civil, a una tensa paz armada y a la irrupción, desde 2011, de nuevas formaciones del integrismo sunní.

Por otra parte, en los bordes de este espacio algunos actores se deslizan y mezclan en las disputas del Cáucaso entre algunos antiguos países soviéticos y Rusia, con el conflicto entre las potencias nucleares de India y Pakistán, con las reyertas entre Turquía y los kurdos, a las puertas de la Unión Europea, y con las que ocurren en el norte de África, en Egipto, Libia, Marruecos, Argelia y Túnez, extendiéndose hacia zonas subsaharianas, como Sudán, Mali, Nigeria y el Cuerno de África.

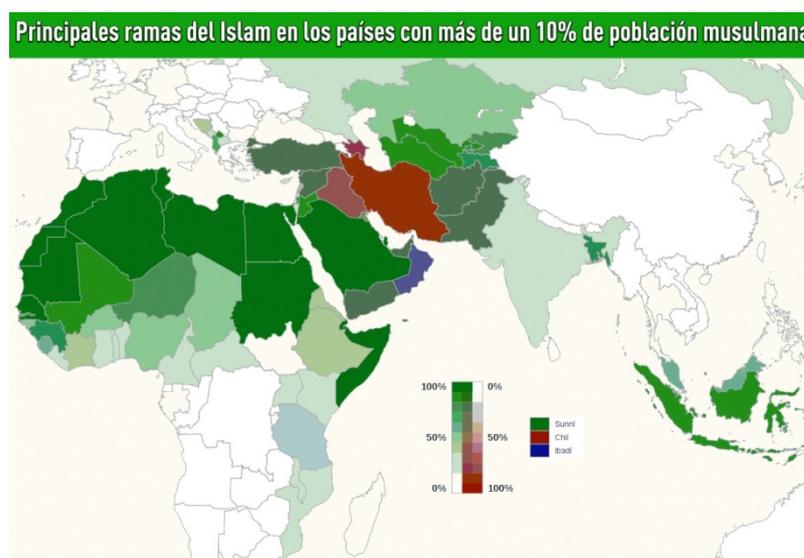
Se trata de una zona estratégica porque alberga las mayores reservas de petróleo del planeta. Esta cualidad es el sustrato de varios poderes regionales, algunos con gran proyección internacional, como Arabia Saudita, otros un poco menores, aunque profundamente entrelazados al capital financiero, como los Emiratos Árabes Unidos, Omán o Qatar.

El *mundo islámico* es el espacio donde se anclan las apetencias políticas del EI. En nuestros días “se extiende territorialmente sobre 11.000 kilómetros entre el Atlántico y el Pacífico, desde el Sahara Occidental hasta Indonesia, Filipinas y China, sumando una población total de 1.200 millones de personas...” (Saborido y Borrelli, 2016: 17/8). Como señalaron Nazanín Armanian y Marta Zein: “El «mundo musulmán» es el único espacio geográfico del planeta que lleva el nombre de una religión, un término que abarca 53 países [...], aunque no sea precisamente la seña de identidad de quienes en él habitan: malayos, turcos, persas, kurdos, árabes..... entre casi un centenar de grupos étnicos.” (2017: 10)

La comunidad de creyentes musulmanes se denomina *umma*, un término ambiguo para designar el conjunto de seres humanos que comparten la fe y el espacio físico donde se asientan. Desde pocas generaciones después del profeta Mahoma, la *umma* se encuentra dividida por razones religiosas en dos grandes conjuntos, hoy muy heterogéneos y contradictorios: suníes y chiíes. Los suníes son la abrumadora rondan el 90% y los chiíes aproximadamente el 10% restante. Esta distinción religiosa atraviesa a todos los grupos étnicos, entre ellos los árabes, particularmente ligados a la historia de la fe mahometana por ser el espacio geográfico donde surgió y proveer el lenguaje del Corán.

En el siguiente mapa puede observarse la distribución geográfica y confesional de gran parte del mundo musulmán:

Mapa n° 1¹

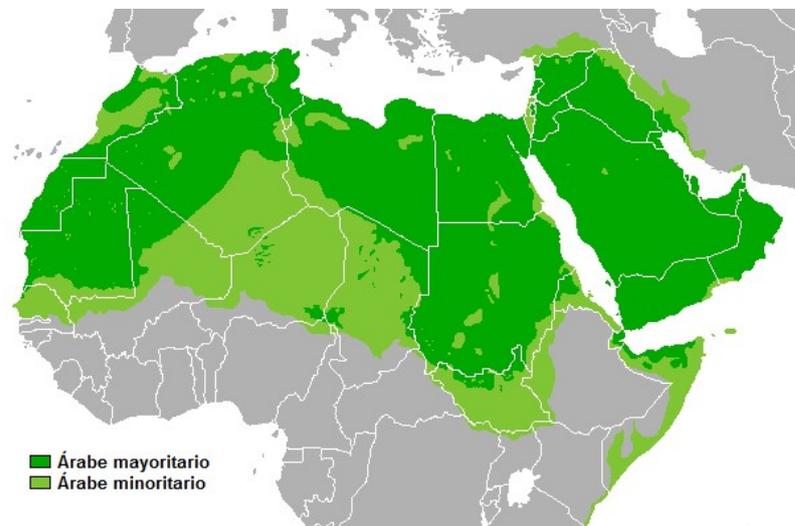


¹ Fuente: <https://actualidad.rt.com/actualidad/view/127356-mapa-comprender-medio-oriente> [visitado julio de 2019]

Como se comprende, el *mundo árabe*, es una parte del *mundo musulmán*, “formado por los veintidós países que ocupan el territorio limitado por los océanos Índico y Atlántico, el mar Mediterráneo y el desierto del Sahara [...] agrupan cerca de 270 millones de habitantes y comparten una lengua, una cultura y una religión.” El 92% de los árabes son musulmanes, representando “el 20% de los musulmanes de todo el mundo.” (Saborido y Borrelli, 2016: 17/8).

El mundo árabe, epicentro de la actuación del EI, está dividido en tres zonas. En el Magreb, donde se encuentran Sahara Occidental, Mauritania, Marruecos, Túnez, Argelia y Libia, los árabes conviven con una gran cantidad de población bereber islamizada. En la cuenca del Nilo se ubican Egipto y Sudán. En el Mashreq se hallan la península arábiga y Oriente Próximo, integrados por Arabia Saudita, Bahréin, Catar, Emiratos Árabes Unidos, Irak, Jordania, Kuwait, Líbano, Omán, Palestina, Siria y Yemen. En el mapa n° 2 puede observarse este espacio geográfico:

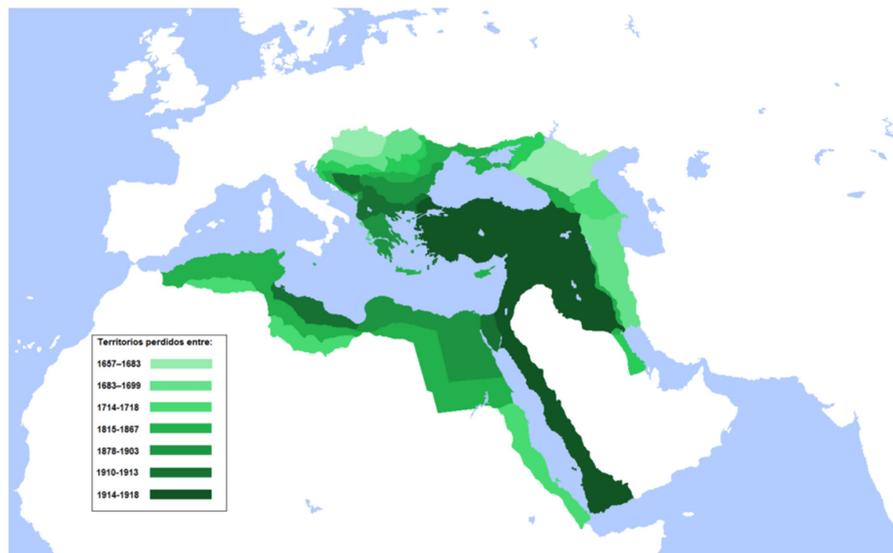
Mapa n° 2²



Como puede notarse, el mundo árabe contemporáneo está conformado territorios, casi todos constituidos como Estados nacionales, desprendidos del antiguo Imperio Otomano, fundado en 1299 y concluido formalmente en 1923. En la separación de estas zonas de Estambul ocurrieron diversos procesos. Entre la segunda parte del siglo XVIII y la derrota de la Gran Guerra, “el enfermo de Europa” finalmente colapsó. En parte por la influencia de otras potencias, como Francia y Gran Bretaña, en otra por las rebeliones locales, como las de los árabes de Palestina. Las escisiones llevan la marca del imperialismo europeo que, mediante el acuerdo Sykes-Picot, trazó las fronteras de varios de los nuevos Estados, donde se agruparon espacios geográficos bajo dominio colonial hasta mediados del siglo XX.

² Fuente: https://es.wikipedia.org/wiki/Mundo_%C3%A1rabe [visitado julio de 2019]

Mapa n° 3³



La longevidad del Imperio Otomano, que organizó esta territorialidad durante más de seis siglos, contrasta con la breve trayectoria de las entidades estatales que articulan porciones de aquella vieja espacialidad, muchas veces con escasas raíces propias o compartidas, otras con más elementos en común con vecinos al otro lado de las fronteras que con los más próximos. La verosímil unidad de vastos grupos humanos en un espacio tan amplio, amparada en el lenguaje, la identidad étnica y religiosa y un pasado común, donde “lo árabe” o “lo musulmán” reemplaza a lo otomano, en reiteradas ocasiones abrió un espacio para ideas políticas que saltaron el cerco nacional, pensando la organización colectiva de manera transnacional: ocurrió con el panarabismo, luego con el yihadismo (Peters, 2007).

Por otra parte, y curiosamente, esa identidad colectiva tan poco anclada en el suelo convive con otra nítidamente telúrica: los clanes o tribus, de fuerte incidencia en la vida colectiva local. Como ha explicado Myriam Benraad (2008), este aspecto resulta fundamental para comprender las peculiaridades de los árabes sunitas de Irak, especialmente en el ámbito rural o en ciudades pequeñas. En estas zonas los clanes tienen una autoridad superior al Estado sobre las relaciones familiares, económicas, culturales e incluso institucionales, llegando a arbitrar justicia y a constituirse como la última ratio de las tradiciones y los códigos de honor islámico y/o árabe. En su análisis de la evolución del discurso de la resistencia en Fallujah, Roel Meijer (2007) mostró la importancia de estas estructuras para la elaboración del descontento y el pasaje al acto de grupos de la población frente a los ocupantes norteamericanos.

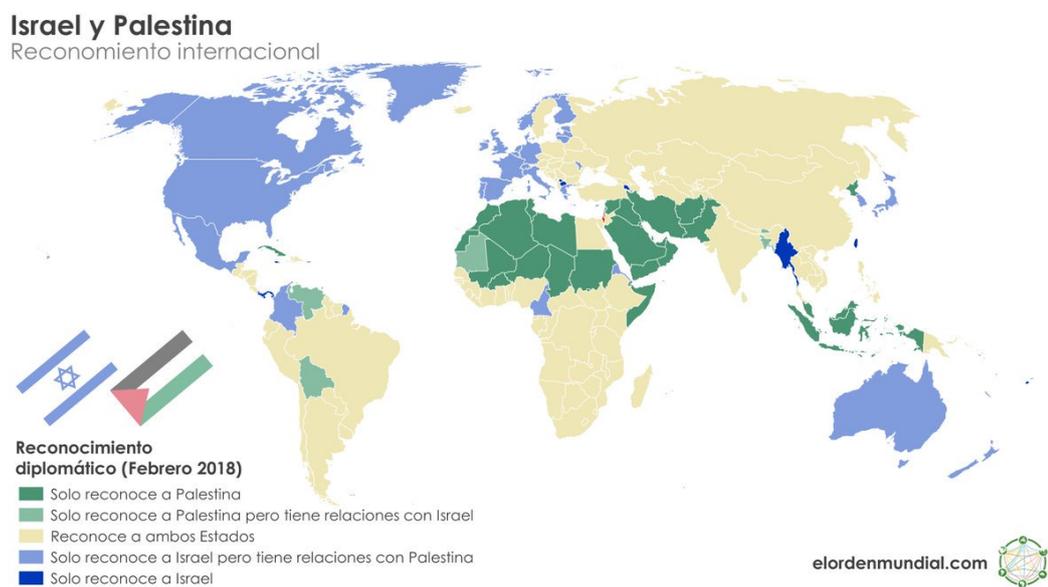
En los goznes de estas identidades con anclajes espaciales tan dispares se ubican los Estados nacionales, que generalmente agrupan poblaciones con altos niveles de heterogeneidad confesional y étnica, y han organizado sus regímenes políticos, y sus respectivas burocracias, otorgando

³ Fuente: https://www.wikiwand.com/es/Imperio_otomano [visitado julio de 2019]

preminencia a determinados grupos del mundo islámico, cortados según credo, pertenencia étnica y tribal. Como ha destacado Marta Tawil Kuri (2016), desde la década de 1970 en Siria se estructuró un régimen con hegemonía del clan alawita chií que, pese a su reducidísima base social, proyecta su poder sobre un triángulo estratégico de Líbano, Palestina y la propia Siria, tejiendo alianzas con Estados fuertes de la región, como Irán, con poderes globales, como la URSS y luego Rusia, y con formaciones insurgentes, como Hamas y Hezbollah.

El ejemplo sirio resulta ilustrativo de una cuestión fundamental para la cohesión de la identidad musulmana y/o árabe, mencionada anteriormente: el apoyo a la resistencia palestina y la oposición al Estado de Israel.

Mapa n° 4⁴



En Irak el régimen del partido Baaz, suprimido por la invasión de la coalición encabezada por los EEUU en 2003, otorgaba primacía a la minoría sunní. Los chiíes representaban cerca del 60% de la población, pero estaban marginados de los puestos encumbrados del Estado y la administración pública. Asimismo, en ciertas instituciones clave como la Guardia Republicana primaba personal proveniente de la misma tribu que Sadam Husein, los Bu Nasr, mientras que sus paisanos, originarios de Tikrit, se encontraban sobre-representados en la política bagdadí (Meijer, 2007: 66).

Las dictaduras de Siria e Irak fueron conducidas por partidos-federaciones de clanes en cuyo vértice se ubicaba alguno en particular. El panorama no es muy diferente en otros países de la región, pensemos en la monarquía saudí o en la Libia de Muamar el Gadafi, para poner ejemplos de un Estado suní con fuerte influencia religiosa y otro organizado sobre una visión laica.

En casi todas las pequeñas patrias árabes el Estado se convirtió en un articulador central de las relaciones dentro de los grupos de la élite, y entre ellos con el conjunto social, por dos grandes

⁴ Fuente: <https://twitter.com/elordenmundial/status/1027558912357265408> [visitado julio de 2019]

motivos de reconocida importancia en el estudio del proceso de organización de los Estados en otras regiones del mundo, como Europa o América Latina: las fuerzas armadas y la recaudación de impuestos. En este caso, durante el siglo XX se agregan dos circunstancias que potenciaron y aceleraron la relevancia del control del Estado: las enormes disponibilidades de petróleo y la disputa geopolítica entre la URSS y los EEUU, que prodigaron esfuerzos para constituir clientelas en el Tercer Mundo, con especial interés en los militares.

Sin embargo, el islamismo creció al costado de estas experiencias y conservó un vigor notorio. Según Bruno Étienne, estas corrientes han conservado una parte significativa de las lealtades de los musulmanes:

“...sólo hay tres casos en los que pueda detectarse una tradición estatalista propia, pero incluso en estos [...] (Egipto, Irán y Marruecos) la experiencia particular está tan diversificada que me parece difícil sacar conclusiones, salvo la de destacar que en todas partes el Estado moderno se construye en la misma tensión contra lo tribal y contra lo religioso, así como que también en todas partes grupos étnica o confesionalmente muy diferentes han tratado de apoderarse del aparato estatal. Se trata, pues, para mí, de un problema político y no religioso...”

...la característica específica del militante islamista, [...] reside en su ignorancia y hasta en su desprecio del Estado-nación, porque la existencia de varios estados que dividen a la comunidad de los creyentes es para él una *fitna*, un desorden. Piensa, en cambio, que el Estado islámico fundado por el Profeta y asegurado por los cuatro primeros califas [...] constituye la expresión perfecta de la unidad e indivisibilidad de la Umma” (Étienne, 1996: 246/7)

Las novedades del presente siglo en la región fueron la agudización del conflicto entre Palestina e Israel, con la segunda intifada de 2000; la iniciativa estratégica de los EEUU, que en 2002 invadió Afganistán y en 2003 Irak, amenazando a Irán y advirtiendo a Siria, Libia y Líbano, en un intento de rediseñar la geografía de la región. En parte como respuesta a estos hechos, se vivió un reverdecer del yihadismo, que se encontraba en declive tras las épicas victorias contra el comunismo y el ajusticiamiento de ciertos líderes “infieles”, como Anwar al Sadat, durante los ’80 (Kepel, 2001).

Las escalas temporales

a) La larga duración

El comienzo oficial de la religión islámica se ubica en el siglo VII en la península arábiga. Como destacaron Armanian y Zein, el principal objetivo geopolítico de los primeros musulmanes fue establecerse frente a otros poderes muy superiores, como el Imperio Persa, India o Bizancio. La inseguridad en esta sección de la ruta de la seda, que conectaba los imperios de China y Roma, llevó a un nuevo trazado y “Este factor estratégico intensificó la pobreza y la desesperación entre la población árabe, que se puso a buscar agua y tierras verdes fuera de sus fronteras.” (2017: 19).

En este avance hacia nuevos territorios, la primera gran conquista de los musulmanes fue la victoria sobre el Imperio Persa, una sorpresiva hazaña que cambió el curso de la historia en el siglo VII e inauguró una centuria de avances prácticamente ininterrumpidos. Bajo el califato ortodoxo las tropas islámicas se hicieron con el poder en zonas hoy pertenecientes a Irak, Irán, Afganistán, Siria,

Turquía, Jordania, Líbano, Palestina, Israel, Egipto y Libia. Luego, durante el califato omeya, tomaron posesión de territorios actualmente bajo la soberanía de Paquistán, Afganistán, Tayikistán, Kirguistán, Uzbekistán, Turkmenistán, Kazajistán, Azerbaiyán, Georgia, Túnez, Argelia, Marruecos, Francia, España y Portugal.

Como resultado de esta rápida expansión, apuntalada en alianzas con sectores subalternos y con ingentes soldados, se fueron creando varios centros de poder en la *umma*, creándose diversos califatos y experimentando luego algunos retrocesos a manos de tribus mongoles, como la captura de Bagdad y Damasco en 1258 (Saborido y Borrelli, 2016: 29). Nuevas avanzadas posteriores tuvieron la respuesta de las cruzadas católicas del siglo XI. Recién a mediados del siglo XV un nuevo contingente de musulmanes, los turcomanos, conquistaron Constantinopla y buena parte del viejo Imperio Bizantino, inaugurando otra etapa de expansión en los Balcanes y el sur de Europa Central. Casi al mismo tiempo caía el califato en al-Andalus, tras setecientos años, bajo la “Reconquista” encabezada por los Reyes Católicos.

Para el siglo XVI, entonces, el mundo musulmán tenía tres centros. El más antiguo era el de Arabia. El más nuevo era el pujante Imperio Otomano, con una gran diversidad étnica y cultural en su interior. En Irán, donde los monarcas administraban un imperio de reducida magnitud, en 1501 los gobernantes persas comenzaron a crear: “...una identidad distintiva en su nuevo Imperio combinando [...] la iranidad con el chiismo. Frente a los Estados vecinos turco-suní y árabe-suní, se distinguirá por ser iraní-chií. A partir de ese momento, los gobernantes fusionarán el romanticismo místico del sufismo con la exaltación nacionalista persa...” (Armanian y Zenin, 2017: 22)

Como puede comprenderse, el origen y expansión del islam, como el de las otras dos religiones abrahámicas, se encuentra estrechamente relacionado con la consolidación de ciertas estructuras políticas imperiales y, por ello, con el ejercicio de la actividad militar. Tal cual demostró Dardo Scavino, tanto en el Corán, como en la Biblia, en la Torah o en los escritos de los filósofos clásicos de la tradición occidental (de Platón a Hegel), pueden encontrarse fragmentos donde se glorifica la guerra, se alienta a los hombres a tomar parte del esfuerzo bélico y a ser mártires en defensa de la comunidad (2018: 105/36). En tal sentido, no existe una singularidad histórica o doctrinaria del islam en su relación con la violencia.

Señalamos estos elementos de una escala temporal tan amplia por tres motivos fundamentales. Primero para destacar, como explicó Juan Vernet (2013), que la cultura occidental ha tomado “en préstamo” una gran cantidad de elementos económicos, científicos, artísticos, desarrollados durante los siglos de dominio musulmán. Como explicó Perry Anderson (2009: 512/38), la aportación de los mercaderes árabes en las etapas previas al capitalismo resultó fundamental para integrar

circuitos comerciales en la gran masa terrestre euroasiática, así como para el desarrollo de una economía cada vez más monetaria y para la creciente diferenciación social.

El segundo es porque buena parte de estas transformaciones fueron resultado de victorias y derrotas militares, que sellaron predomios políticos. En algunos casos acompañadas por elementos de rebelión social, en otros de procesos de rotación de élites, en varios con pactos entre fuerzas imperiales y poderes locales. La islamización fue un recorrido vector ideológico, religioso y cultural porque tuvo de su lado la fuerza política. Cuando emergieron otros poderes mayores, como durante el siglo XV, el repliegue del mundo musulmán no se debió a la solidez teológica del catolicismo, recordemos que medio siglo después tuvo lugar la Reforma Protestante, sino por la capacidad política, organizativa y bélica de las coronas de Castilla y Aragón, recientemente unificadas.

En tercer término, hacemos este esquemático repaso porque, como señaló Enzo Traverso: “El EI [...] nació en este siglo XXI, que se inaugura sin utopías. Toma del pasado su proyecto de restauración del califato para mitigar la ausencia de todo proyecto de futuro. Propone un califato de los orígenes, imaginario y mitológico.” (Traverso, 2018: 114/5).

b) La mediana duración

En páginas anteriores destacamos que el epicentro de los conflictos del Mashreq en el siglo XXI se sitúa en antiguos dominios del Imperio Otomano, desprendidos del mismo tras la derrota en la Gran Guerra y reconfigurados por los acuerdos entre los cancilleres británico y francés, Mark Sykes y François George Picot, rubricados en 1916 y develados al público mundial por los bolcheviques en noviembre de 1917.

La partición de estos territorios tuvo como único criterio la expansión de las dos potencias vencedoras y de Rusia que, casi sesenta años después de la Guerra de Crimea cuando la coalición anglo-francesa frenó su llegada al Mediterráneo, se haría con Estambul y los estrechos turcos. La actuación de británicos y franceses en 1853/6 no respondía al respeto por las posesiones otomanas, hurtadas en Egipto y el Magreb, sino a la necesidad de no fortalecer a otra potencia como Rusia.

Este acuerdo en el marco de la Gran Guerra contradecía las promesas realizadas por los británicos, en la persona del Teniente Edward Lawrence, a la población árabe de la llamada Gran Siria (que agrupaba los actuales territorios de Siria, Líbano, Palestina, Israel, Jordán e Irak), sobre un Estado y una nación independientes para los árabes, gracias a la cual la Entente había logrado desestabilizar numerosas provincias otomanas.

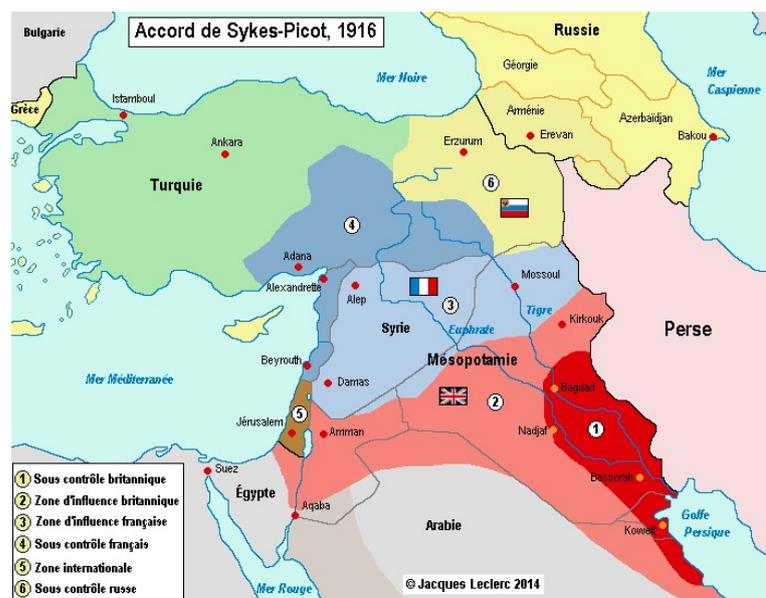
Las nuevas fronteras se aplicaron en sus áreas de influencia, más no en las de Rusia, que tras la Revolución de Octubre renunció a las anexiones. En el territorio reservado a los Románov tuvo

lugar una rebelión militar y una guerra civil que dio lugar a la formación del Estado de Turquía a principios de los años '20.

La división de la Gran Siria se llevó a cabo enfrentando revueltas de consideración, sobre todo en Palestina. De esta crisis nacieron territorios con diferentes status. En la zona británica se conformó un mandato sobre Irak, agrupando las provincias de Mosul, Bagdad y Basora, que se prolongó hasta los años '30; y otro sobre Jordania, que se extendió hasta poco después de la Segunda Guerra Mundial, conservando prerrogativas especiales hasta fines de los '50.

En la zona francesa se erigió Siria, separada de Líbano, ambas bajo protectorado galo hasta el final de la Segunda Guerra Mundial. Palestina, prometida tanto a árabes musulmanes como a sionistas, pasó a ser administrada por un “mandato internacional”, hasta la creación de Israel en 1947, cuando se redoblaron los esfuerzos hebreos de colonización que persisten al día de hoy, menguando la extensión de los territorios árabes.

Mapa n° 5⁵



Esta traición, como ha mostrado Máximo Campanini (2011), ocupa un lugar de consideración en las representaciones históricas de los habitantes del Mashreq y de todo el mundo árabe acerca de Occidente. La descolonización, iniciada en la segunda mitad de los '40, tomó un rumbo definitivo promediando la década siguiente, con el comienzo de los procesos de independencia de Marruecos, Túnez, Argelia y Libia y la consolidación del presidente egipcio Gamal Abdel Nasser, tras la imponerse en la guerra de 1956 frente a Gran Bretaña, Francia e Israel.

En el *mundo árabe* la guerra por el canal de Suez tuvo el mismo significado que las victorias japonesas a principios de la Segunda Guerra Mundial en las colonias francesas de Indochina: mostraron que era posible derrotar a los europeos y marcaron un hito fundamental en la articulación

⁵Fuente: <http://www.axl.cefan.ulaval.ca/asia/syrie-Sykes-Picot-1916.htm> [visitado julio de 2019]

de la resistencia anticolonial. En el mundo árabe, además, iniciaron la era dorada del panarabismo. Esta corriente fue impulsada por el gobierno egipcio y luego abrazada por otros regímenes. El centro de sus ideas eran: la unidad de los árabes frente al colonialismo y neocolonialismo europeo y norteamericano, la necesidad de consolidar Estados nacionales con burocracias y fuerzas armadas fuertes para impulsar y defender la modernización económica sin vulnerar los valores culturales de la población y ciertos impulsos hacia la redistribución del ingreso y/o la mejora de la calidad de vida de las clases más desfavorecidas de unas sociedades profundamente desiguales.

De fundamentación laica, con algunos nexos con la URSS pero en un pretendido “tercer bloque”, el Movimiento de los No Alineados, el panarabismo brindó los contornos para la consolidación de muchos nuevos estados del norte de África y Oriente Medio. Se establecieron regímenes de partido único profundamente entramados con las Fuerzas Armadas, varios de los cuales pudieron exhibir victorias frente a Occidente y mejoras palmarias en la calidad de vida de las masas.

Los partidos panarabistas sostuvieron una distancia real con la identidad religiosa y aplicaron en diversa medida políticas socializantes. Por otra parte, también expresaron el equilibrio de poderes locales, basados en los clanes. Este rasgo telúrico de un movimiento trasnacional, convivía con diseños de estructuras estatales e intervención sobre las economías profundamente inspirados en modelos occidentales. Se enfrentaba a Occidente readaptando muchas de sus tecnologías sociales.

La derrota a manos de Israel en la Guerra de los Seis días durante 1967 impactó negativamente en el prestigio del panarabismo. Como explicó Leyla Dakhli (2016), concluyó la época dorada del nacionalismo árabe y comenzó una etapa de crisis política y violencia. En algunos países se registró un crecimiento de la izquierda marxista y un ascenso de los Hermanos Musulmanes, una corriente político-religiosa suní que criticaba al panarabismo por alejarse de las tradiciones mahometanas y no aplicar la ley sagrada, la *sharia*. Durante los '70 varios regímenes, como el encabezado por Anwar al Sadat en Egipto, comenzaron a tolerar a esta segunda corriente para neutralizar al comunismo. Al mismo tiempo, Egipto y Jordania aceptaron las fronteras de 1967, sellando la paz con Israel, y El Cairo pasó a ser uno de los principales socios militares de Washington.

Por esos mismos años se vivió la crisis del petróleo, en 1973, que incrementó exponencialmente los ingresos de muchos estados de la región, entre ellos Arabia Saudita. La monarquía peninsular había estructurado un régimen político lindante con una teocracia, con un riguroso cumplimiento de la *sharia* apeándose a la versión wahabista del credo suní. Como mostró Gilles Kepel (2001: 100/13), los petrodólares saudíes financiaron la difusión de los estudios coránicos entre la juventud del mundo árabe e incluso más allá. Durante la década de 1970 se expandieron las dos corrientes más ortodoxas del islamismo político: el conservador wahabismo sunita y la revolución islámica

iraní de 1979, considerada por los saudíes “la encarnación de todos los peligros”. (Kepel, 2001: 175).

Coincidiendo con autores tan diversos como Massimo Campanini (2011), Mercedes Saborido y Marcelo Borrelli (2016), Gwynne Dyer (2015) o Nazanín Amanian y Marta Zein (2017), resaltamos que hacia fines de los '70 comenzó un nuevo momento en la historia política del *mundo islámico*: “Hasta hace apenas medio siglo, el sectarismo era una excepción histórica; irrumpió por primera vez, con fuerza, en 1978, en las fronteras de la Unión Soviética. Se trata de una suma aparentemente casual de tres acontecimientos: la creación y movilización de los yihadistas suníes afganos desde Pakistán, EEUU y Arabia Saudí; la entrega del liderazgo de la revolución democrática y espontánea iraní al ayatolá Jomeini desde París, y el ascenso de un cardenal derechista polaco llamado Karol Józef Wojtyła, quien había colaborado con la CIA en el desmoronamiento de la URSS desde Polonia promoviendo los disturbios dirigidos por el ultracatólico Lech Wałęsa.” (2017: 10)

Como recuerda Josep Fontana: “...la CIA, que había establecido ya en 1978 contactos con los islamistas afganos a través de los servicios secretos de Pakistán, recomendó desde comienzos de marzo de 1979 que se ayudase a los grupos islamistas...” (2011: 592). Según Dardo Scavino así lo confirmó Zbigniew Brzezinski, asesor del presidente Jimmy Carter: “...la CIA había llegado a Afganistán antes que las tropas rusas.” (2018: 80).

Tal cual señalaron numerosos estudios, la yihad en Afganistán contra los comunistas fue una experiencia decisiva en la formación del extremismo islámico suní wahabita. Con financiamiento y entrenamiento de Arabia Saudita, EEUU y Pakistán, miles de jóvenes partieron desde distintos países del *mundo islámico* y conformaron una red transnacional de muyahidines que, como subrayó Ruud Peters, participaron en numerosos conflictos armados hasta el final del siglo:

“Uno de los factores que contribuyeron a que los grupos islamistas recurrieran con mayor frecuencia a la violencia durante los años noventa fue el regreso de islamistas radicales que habían combatido en Afganistán [...] adquirieron un entrenamiento militar e ideológico y un sentimiento de solidaridad islámica internacional. [...] Además, voluntarios árabes islamistas participaron en la guerra civil bosnia y después de 1995 en la revuelta chechena.

Muchos otros *muyahidín* [...] no pudieron o no quisieron volver a sus países porque eran considerados un riesgo [...] Algunos [...] se quedaron en Afganistán y Pakistán; muchos otros iniciaron una vida nómada, residiendo durante determinados períodos en aquellos países musulmanes que estaban dispuestos a aceptarles o en capitales occidentales, donde se unieron a las comunidades de exiliados islamistas. Constituyeron núcleos de grupos radicalizados que fueron perdiendo cada vez más el contacto con sus sociedades de origen...” (Peters, 2007: 48/9)

Para Lawrence Wright, autor de uno de los mejores y más documentados libros sobre Al Qaeda, la experiencia de Osama Bin Laden en Afganistán, donde trianguló entre los yihadistas, los norteamericanos y el servicio de inteligencia pakistaní parte de los 500 millones de dólares anuales con los que los sauditas contribuían a la yihad, resultó decisiva para su prestigio entre los jóvenes islamistas radicalizados. No sólo por su contribución logística, sino por su desempeño aparentemente milagroso en un combate contra los soviéticos conocido como la Guardia del León, donde sobrevivió a un asedio de tres semanas (2011: 156).

Hasta la caída del Muro de Berlín, el yihadismo fue un aliado de los EEUU contra los gobiernos panarabistas, la influencia de la URSS y la propia revolución iraní. Los muyahidines de Afganistán fueron recibidos por Ronald Reagan en el Salón Oval de la Casa Blanca en 1981 y autorizados a realizar una gira para recaudar fondos y reclutar voluntarios (Scavino, 2018:79/84).

En paralelo a estos sucesos, desde 1975 tenía lugar una cruenta guerra civil en Líbano, uno de los países más diversos desde el punto de vista confesional y étnico. El cese de las hostilidades llegó en 1990, pero afectó decisivamente al propio régimen sirio, que reforzó sus rasgos autoritarios, muchos de los cuales persisten al día de hoy (Dakhli, 2016: 111/3).

En Irak, el régimen del partido Baaz, instaurado en 1958, se enfrentó en 1980 con su vecino de Irán. La ofensiva inicial, pensada en un momento de debilidad y desorganización persa tras la revolución, pretendía apropiarse de un territorio que ampliase la salida iraquí al Golfo Pérsico. Los invasores contaron con el apoyo de EEUU, Francia, Gran Bretaña, Alemania Federal, Arabia Saudita, Kuwait y Jordania. Los iraníes fueron auxiliados por Siria, las dos Corea, China, Libia y Japón y, clandestinamente, por Israel y los EEUU, lo que provocó el escándalo Irán-Contras.

El conflicto, plagado de imágenes similares a las de la Gran Guerra, con cientos de kilómetros de trincheras, campos minados y gases venenosos, se dilató hasta 1988. Entre Irak e Irán, de 13 y 38 millones de habitantes respectivamente, la guerra costó alrededor de 1.000.000 de muertos, 2.000.000 de heridos y cerca de 4.000.000 de desplazados, siendo especialmente grave el impacto sobre la región chií de Basora.

Poco después, en 1991, Sadam Husein se anexó Kuwait, el pequeño vecino del sur, pretendiendo nuevamente ampliar el acceso iraquí al golfo pérsico. Los EEUU organizaron una coalición internacional de 27 países en defensa del principado invadido, para la cual contaron con casi todos quienes habían apoyado a Irak cuando atacó al régimen de Jomeini: Gran Bretaña, Arabia Saudita, Francia, una gran cantidad de países árabes y musulmanes y la propia Argentina, cuya Armada fue asistente de la Británica, enemiga menos de diez años antes en el Atlántico Sur. El resultado fue también sumamente serio:

“...el número total de víctimas iraquíes puede haberse acercado a las 205.000 (56.000 soldados y 3.500 civiles muertos en combate; 35.000 muertos en los levantamientos kurdos y chiitas en la inmediata posguerra, que el gobierno estadounidense alentó —aunque no ayudó— una vez terminada la guerra, y 111.000 muertes atribuibles a «los efectos adversos de la posguerra sobre la salud» provocados por los daños causados a la red eléctrica, a los sistemas de tratamiento de residuos y de potabilización del agua, a las instalaciones sanitarias, y a las carreteras y sistemas de distribución del país)” (Dower, 2018: 79/80)

Este conflicto de 1991 cambió completamente el alineamiento de los yihadistas, que condenaron a Arabia Saudita por alojar tropas no musulmanas en el territorio de la *umma*. Muchos se movilizaron a los Balcanes, otros a Sudan y varios hacia Argelia, donde tuvo lugar una cruenta guerra civil entre el gobierno y tres grupos islámicos desde 1991 hasta 2002, contando alrededor de 200.000 muertes.

El cambio de las condiciones del yihadismo coincidió con el nuevo status de Irak como “Estado canalla” del sistema internacional. Entre 1991 y 2003, los Estados Unidos promovió un bloqueo comercial y una batería de sanciones diplomáticas que terminaron por arruinar la economía iraquí y causar un gravísimo retroceso en las condiciones de vida de la población (Cockburn, 2016: 60/4). En paralelo, los norteamericanos, Francia, Gran Bretaña y otros aliados ejecutaron bombardeos “preventivos”, con la declarada intención de destruir instalaciones militares del régimen.

c) La corta duración

En 2001, tras varios atentados en otras partes del mundo, Al Qaeda atacó exitosamente en el corazón de los EEUU: el World Trade Center de New York, en un hecho de enorme impacto en la política mundial. El gobierno de Bush lanzó una “guerra contra el terrorismo” a escala global. Definieron un “eje del mal” integrado por Afganistán, donde supuestamente se escondía Osama Bin Laden, Irak, Irán y Corea del Norte. Al mismo tiempo elaboraron una antojadiza lista de organizaciones políticas, muchas sin afinidad alguna, que pasaron a considerar terroristas. Advirtieron a los gobiernos que no luchar frente a ellas significaba ubicarse en el bando de los terroristas. El caso de Siria con Hezbollah era uno de los más conflictivos.

En 2002 los norteamericanos comandaron una coalición internacional que invadió Afganistán con el objetivo declarado de capturar a Osama Bin Laden. Derrocaron con relativa facilidad al régimen de los Talibanes, pero no consiguieron la pacificación del país ni la captura del máximo referente del yihadismo suní. En marzo de 2003, tras afirmar que el régimen de Sadam Husein tenía “armas de destrucción masiva” y era un “peligro para la paz mundial”, el gobierno de los EEUU invadió Irak. Autores como Josep Fontana (2011), Perry Anderson (2014) o John Dower (2018) resaltaron la pretendida omnipotencia de los norteamericanos, que se propusieron rediseñar la región actuando unilateralmente, por fuera del marco de la ONU, que desde 1991 legitimaba la hostilidad contra Bagdad. Partick Cockburn llegó a sostener que:

“El objetivo de la guerra de Irak era hacer de Estados Unidos la superpotencia mundial capaz de actuar de manera unilateral [...] El momento elegido para iniciar el conflicto no tenía nada que ver con el miedo a las armas de destrucción masiva de Sadam y sí mucho con la necesidad de tener ganada la guerra a tiempo para la precampaña de las presidenciales [...]

La incapacidad estadounidense para lograr una victoria definitiva en Iraq es similar a la de los británicos en Sudáfrica durante la guerra de los Bóers. Al igual que Estados Unidos, Gran Bretaña se metió en la guerra suponiendo, llena de arrogancia, que iba a ser un triunfo fácil. A medida que se alargaba el conflicto, con un goteo de bajas provocadas por los ataques de los escurridizos bóers, los movimientos nacionalistas, desde Dublin hasta Bombay, llegaron a la conclusión de que el Imperio británico no era tan sólido como parecía.” (2016: 90)

Efectivamente, la acción norteamericana iba en contra de la voluntad de la mayoría de los países de la región:

“Arabia Saudí, las monarquías suníes del Golfo, Jordania y Turquía, [...] veían con consternación cómo un Estado suní se convertía en un Estado chií que probablemente estrecharía relaciones con Irán. Irán y Siria veían con agrado el final de Sadam Husein, pero la llegada de un enorme ejército norteamericano junto a sus fronteras les daba miedo.

[...] es comprensible que [...] prefiriesen combatir a Estados Unidos en Iraq antes de que estabilizara su dominio [...] Siria permitió el libre tránsito de yihadistas suníes e Irán apoyó a las milicias chiíes antinorteamericanas.” (Cockburn, 2016: 52)

La rápida victoria de la coalición encabezada por los EEUU sobre el régimen baazista llevó al presidente Bush a declarar “Misión Cumplida” en un portaaviones, a miles de kilómetros de Bagdad, el 1 de mayo de 2003. La situación en la capital y en numerosas ciudades iraquíes era extremadamente peligrosa. La Guardia Nacional había sido derrotada con facilidad, pero por todas partes sobrevenían atentados, emboscadas, ataques de francotiradores, etc.

Desde el comienzo de la ocupación los norteamericanos habían llegado a un acuerdo con una parte de la colectividad chií y con los kurdos, enemigos de Sadam Husein que ya se habían revelado en 1991. Durante 2003/4 la caída del gobierno y la confianza de los norteamericanos los colocó en un lugar de preeminencia política. Sin embargo, no todos los grupos chiíes apoyaron a los norteamericanos: hasta 2005 el influyente Ayatollah Ali al-Sistani fue un opositor decidido y el Ejército al-Sadr, de gran peso político en los barrios pobres de Bagdad, enfrentó la ocupación con las armas en la mano.

Asimismo, entre los suníes se fue expandiendo la resistencia. Un ejemplo de este proceso fue el de Fallujah. Según Roel Meijer (2007), en aquella ciudad las tropas no fueron mal recibidas pero con el correr de las semanas se fueron sucediendo incidentes. Se ofendió a la población con varios abusos y comenzaron las reacciones. Muy pronto se produjo una escalada que llevó la resistencia desde un tono tribal, que aceptaba la ocupación, a otro directamente árabe sunita anti norteamericano.

El otro hecho que disparó la resistencia fue la llamada “desbaazificación” del Estado iraquí. Según Josep Fontana:

“El 16 de mayo [se] publicó una disposición de «desbaazificación» de la sociedad iraquí que indicaba la inmediata destitución de sus cargos en la administración de todos los miembros del Partido Baaz, que había gobernado el país desde 1968. Como la pertenencia al partido era obligatoria para todo funcionario, esto dejaba a cincuenta mil personas sin medios de vida, mientras la administración quedaba paralizada [...]

Lo más grave vino [...] el 23 de mayo, con un orden de «disolución de entidades» que afectaba al ejército iraquí, al Ministerio de Defensa y a los servicios de inteligencia. Los planes [...] preveían disolver y desarmar tan sólo las unidades de la guardia republicana, las más leales a Saddam, pero conservar el resto del ejército para mantener el orden social y ayudar a la reconstrucción del país. Lo cual era [...] necesario por cuanto el ejército de ocupación se componía sobre todo de fuerzas [...] aptas para el combate, pero no para restablecer el orden civil [...]

La disolución del ejército dejaba a más de 300.000 hombres con preparación militar, y la mayoría de ellos con armas, en la calle, sin medios de vida ni pensiones. Ante las violentas manifestaciones de protesta la CPA decidió pagar a los militares licenciados un estipendio, lo que no hacía más que empeorar las cosas. La medida [...] tomó por sorpresa al Secretario de Estado, Collin Powell...” (2011: 857/8)

El desmantelamiento de las instituciones del Estado de Irak y el licenciamiento del personal armado, frente al cual las autoridades de ocupación cedieron por la movilización, ató de pies y manos a los norteamericanos. Las crónicas de 2004 y 2005 mostraban una pequeña burocracia blindada, que vivía tras muros de concreto reforzado en la “Green Zone” bagdadí, a donde sus miembros llegaban y se iban en helicópteros artillados. La mayoría de los observadores comprendió

que después de la rendición de Irak comenzó otra guerra, mucho más compleja. Los estadounidenses y sus aliados enfrentaban una infinidad de grupos, en un país totalmente desorganizado y poco conocido.

Las repercusiones también se dejaron sentir en las metrópolis, con los atentados en Madrid y Londres. En el primer caso, los EEUU perdieron un aliado en Medio Oriente. El ataque a la estación de Atocha cambió las preferencias electorales y el Partido Popular fue desalojado por el PSOE, que prometió retirar a las tropas ibéricas del país mesopotámico.

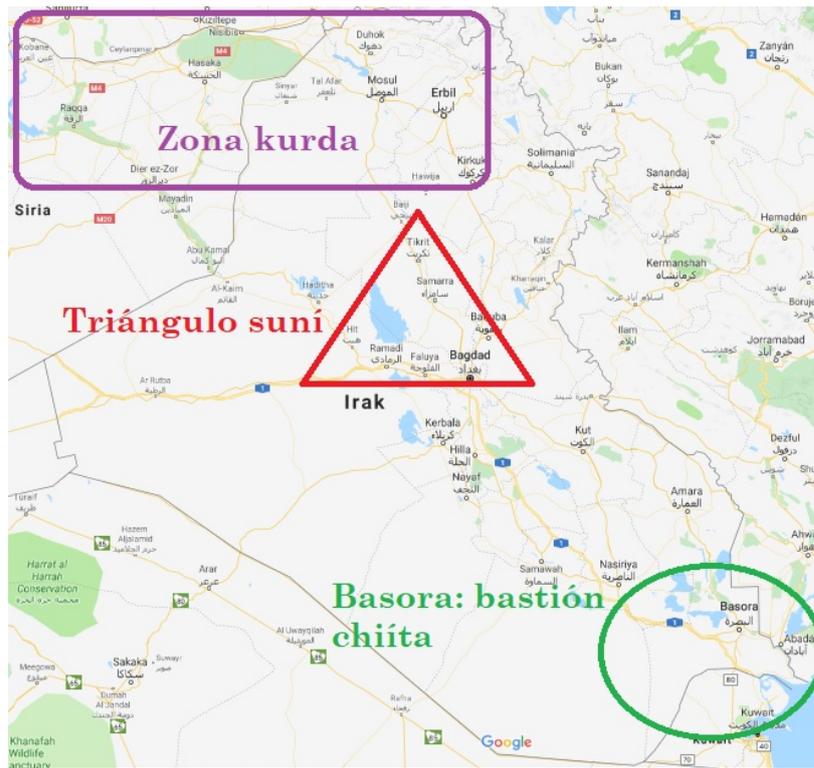
El vector de la resistencia contra la ocupación convivía con otro que, aun cuando no necesariamente antagónico, hacía mucho más compleja la pretendida “pacificación”: la violencia entre grupos de la población local. En algunos casos se trataba de venganzas contra quienes ejercieron el poder durante décadas, o aquellos que se beneficiaron. En otros contra las personas y organizaciones que colaboraban con los invasores. La fractura chií-suní se mezclaba con la existente entre baazismo y oposición y con las querellas entre diversos clanes. Al mismo tiempo crecía la capacidad de acción y reclutamiento de redes transnacionales: algunas de fuerzas clandestinas, como Al-Qaeda, otras patrocinadas por Estados vecinos, principalmente por Irán, pero también por Siria y, en menor medida, por la misma Turquía que, aun cuando era aliada de los EEUU, no veía con buenos ojos el resurgimiento kurdo del norte de Irak que patrocinaban los norteamericanos.

Los enfrentamientos también reconocieron lógicas regionales diferentes. En el norte tenía lugar la revancha de los kurdos que enfrentaban a los grupos suníes. Los chiítas de Basora, inicialmente pensados como hijos diletos de la ocupación, multiplicaron su fuerza y radicalidad, fracturando la ciudad y la zona circundante:

“Desde los primeros meses de la liberación de Irak [...] la duplicación del aparato político de los partidos y facciones chiítas, junto a la de las milicias que aseguran y defienden su dominación a nivel de los barrios, de las localidades, o incluso de las regiones, se vuelve absolutamente necesaria. Estas milicias sustituyen, infiltran e incluso bloquean el rol de funciones securitarias de las nuevas fuerzas del orden creadas por el gobierno iraquí, cuando no son ellas mismas las que las abastecen de los principales reclutas, consiguiendo así asegurarse financiamiento y armamento de manera perfectamente legal. El aumento de la influencia de los partidos islamistas y la política de intimidación o de eliminación de los rivales llevada adelante con la ayuda de fuerzas paramilitares hicieron que, poco a poco, la influencia de los partidos y de las personalidades de tendencias laica o liberal disminuyera. Basora es un ejemplo de esto...” (Marius, 2008: 5)

En el centro del país se fue consolidando otra zona de conflicto, todavía más violenta, el llamado “Triángulo Suní”, entre las ciudades de Bagdad, Ramada y Tikrit, con otras urbes en su interior, como Fallujah y Samarra. Allí se concentró una intensa actividad de los grupos de la resistencia. La forma más usual fueron los atentados con explosivos perpetrados por combatientes suicidas y las emboscadas a las tropas, donde los francotiradores desempeñaron un rol estelar. Sin embargo, también fueron castigadas las mezquitas chiítas de Bagdad, donde hasta la caída de Sadam Husein los habitantes de ambas confesiones compartieron barrios y edificios.

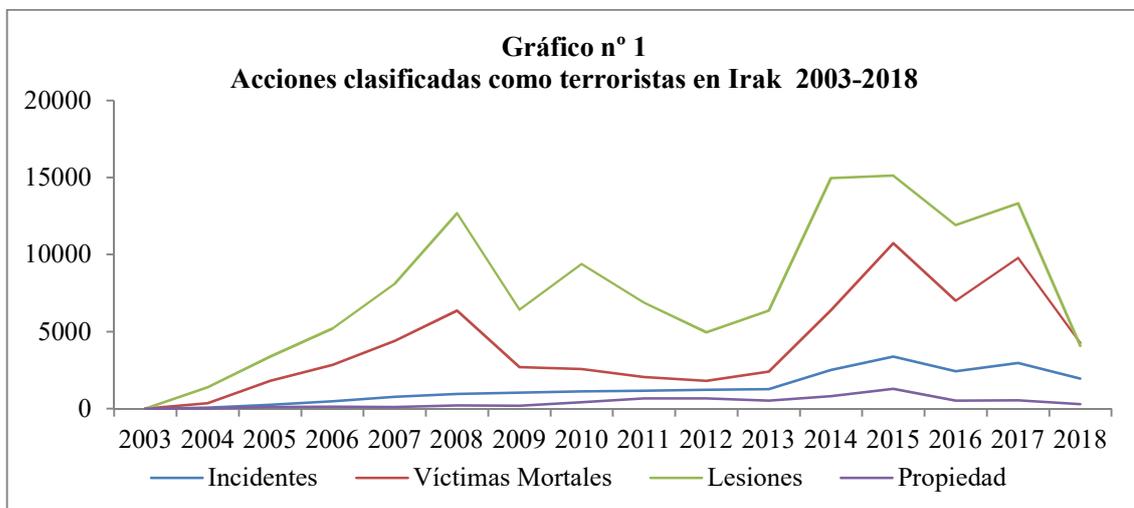
Mapa nº 6



Para 2005 los EEUU consiguieron que los principales partidos chiíes y kurdos participaran de los comicios para formar gobierno. Tras ello, los norteamericanos y el naciente régimen iraquí centraron sus esfuerzos en combatir la insurgencia en el mencionado Triángulo Suní. La invasión de 2003 había desatado múltiples antagonismos en la sociedad iraquí. En 2006, refiriéndose a Bagdad, Patrick Cockburn afirmaba:

“Lo que le daba a este sitio su peculiar encanto era su compleja mezcla étnica y religiosa de chiíes, suníes y kurdos. Es esta diversidad de culturas lo que está desapareciendo. Bagdad está pasando a formar parte de la lista de ciudades cosmopolitas de Oriente Próximo – Alejandría en Egipto, Esmirna en Turquía, Beirut en el Líbano – que han sido destrozadas por las limpiezas étnicas y religiosas...” (2016: 199)

Desde ese momento, se incrementaron las cantidades de incidentes clasificados como “terrorismo”:



Construcción propia en base a datos del Índice Global de Terrorismo.
 Disponible en: <http://visionofhumanity.org/indexes/terrorism-index/> [visitado julio de 2019]

Como puede observarse en el gráfico nº 1, el crecimiento de la cantidad de incidentes se vio acompañado por un incremento exponencial de sus daños contra personas, notable en las curvas de víctimas mortales y lesiones, que contrastan con la evolución de la destrucción contra la propiedad, que hasta 2009 se mantuvo en niveles constantes.

Cuando tomamos en consideración las cifras de terrorismo, que describen con bastante fidelidad las acciones de “las resistencias” y de otros grupos con escasa capacidad operativa, resulta evidente la escalada entre 2005 y 2008. Desde aquel pico descendió la letalidad, pero las lesiones no lo hicieron en la misma medida y la cantidad de incidentes siguió aumentando.

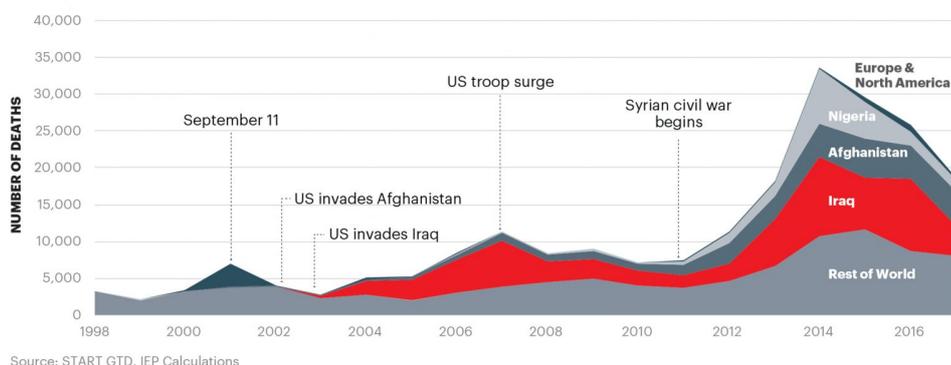
Estos niveles de violencia son un reflejo de la guerra civil iraquí. Durante 2006, tras el abatimiento de Abu Musab al Zarqawi, jefe de Al Qaeda en Irak, el general norteamericano David Petraeus organizó milicias suníes para luchar contra la insurgencia, conformando el movimiento Shawa, o Despertar. Era la puesta en práctica de lo pregonado en su mundialmente conocido manual de contrainsurgencia (un resumen: Petraeus, 2009), ya aplicado en Basora: que los grupos locales cumplieran con las tareas y objetivos de los invasores. En el sur las milicias chiíes habían realizado el grueso de la violenta desbaazificación. En el triángulo sunita una milicia, mayormente formada por ex militares del régimen depuesto en 2003, llevaría adelante una rebaazificación. Este tipo de iniciativas fueron acompañadas de refuerzos de tropas estadounidenses y, naturalmente, el reparto de armas y otros instrumentos a fuerzas consideradas “moderadas”.

La guerra civil arrojó una victoria pírrica. El Estado de Iraq se impuso por su alianza con fuerzas de dudosa fidelidad y el conflicto no le permitió consolidar su estructura administrativa y militar, sino todo lo contrario. Por otra parte, el triunfo del régimen chií-kurdo no lo dotó de una legitimidad muy superior a la de 2005, tras las elecciones patrocinadas por EEUU. Asimismo, la guerra civil alimentó todo tipo de resentimientos entre grupos confesionales, partidos y clanes, como lo demuestran la gran cantidad personas y grupos desplazados o que se consideraban humillados, las miles de denuncias de torturas y desapariciones, en una sociedad que seguía fuertemente armada, con pertrechos provistos por los mismos norteamericanos para pacificar el país.

La invasión de Irak por la coalición internacional incrementó las hostilidades en el país. Luego, cuando esas hostilidades escalaron hasta una guerra civil, tuvieron un peso enorme en el conjunto de acciones terroristas en todo el mundo que, dicho sea de paso, también se incrementaron desde 2006, como puede verse en el gráfico nº 2:

44% Since peaking in 2014, deaths from terrorism have fallen 44%.

60 Since 2012, more than 60 countries experience at least one fatal terrorist attack each year.



Tomado de Índice Global de Terrorismo.

Disponible en: <http://visionofhumanity.org/indexes/terrorism-index/> [visitado julio de 2019]

En 2011 comenzó un período conocido popularmente como la “primavera árabe”. En pocos meses tuvieron lugar enormes manifestaciones contra las dictaduras panarabistas de Túnez, Egipto, Yemen, Bahréin, Libia y Siria. En el primer caso, la caída del gobierno fue seguida de un proceso democratizador. En el segundo fue derrocado el histórico presidente Hosni Mubarak y llegaron al poder, aunque sólo momentáneamente, los Hermanos Musulmanes. En Yemen y Bahréin las marchas y mítines fueron aplastados por la fuerza.

En Libia y en Siria las movilizaciones mutaron muy rápidamente y comenzaron conflictos políticos cualitativamente más violentos. Grupos insurgentes derrocaron el régimen de Gadafi, estableciendo otra dictadura, ahora islamista, denunciada en el mundo por crímenes tales como la reducción a la esclavitud de migrantes subsaharianos y las torturas a los presos políticos (Cockburn, 2016: 315/7 y 326).

En Siria, la “primavera árabe” fue el comienzo de una revuelta contra el gobierno de Bashar al-Asad, que también derivó en una larga guerra civil, que prosigue hasta nuestros días. En este país, el levantamiento popular llevó en su seno varias corrientes suníes, que pretendían ajustar cuentas con la dictadura de su país. Partick Cockburn ha llegado a sostener que:

“...cuando el tema predominante del levantamiento de la Primavera Árabe en Siria adoptó la forma de una revuelta por parte de la mayoría sunita respaldada por Arabia Saudita y las monarquías sunitas del Golfo y Turquía, el equilibrio de poder sectario en la región comenzó a cambiar.

Anteriormente, los sunitas iraquíes estaban resentidos pero, en general, se habían resignado a la dominación kurdo-chiita de Iraq que se estableció en 2003. Tenían miedo de una arremetida renovada por parte de las milicias chiitas y de las fuerzas de seguridad controladas por los chiitas, las cuales habían sacado a los sunitas de gran parte de Bagdad en la guerra civil sectaria de 2006 y 2007.” (2015: 59)

Esta observación condujo al autor a deducir que el comienzo de la guerra civil en Siria ha llevado a una nueva desestabilización de Irak, pues:

“...se ha vuelto cada vez más evidente que los movimientos tipo Al Qaeda, principalmente ISIS, JAN y Ahrar al-Sham, pueden operar libremente a lo largo de la frontera siria con Iraq. Tienen una vasta zona en la cual maniobrar. Mientras la guerra civil continúe, grupos fanáticos como ISIS —que cuentan con innumerables combatientes

preparados para sacrificar su vida— seguirán dominando a los moderados que podrían estar más abiertos a negociar.” (Cockburn, 2015: 115/6)

En este punto consideramos necesario señalar un matiz. Las afirmaciones de Cockburn, uno de los periodistas con mayor información y capacidad de análisis sobre Oriente Medio, son correctas desde un punto de vista geopolítico y tienen gran perspicacia sociológica cuando señalan el surgimiento del EI como una “revolución suní”. Sin embargo, a la luz de la serie de incidentes clasificados como terrorismo en Irak, podemos notar que durante los años inmediatamente anteriores a la “primavera árabe” no se registró una pacificación que fue violentada en la nueva etapa de desestabilización del *mundo árabe*. Resulta indiscutible que los niveles de hostilidad se dispararon en 2011, sobre todo en comparación con la caída del bienio 2009-2010 respecto de 2006-2008. Pero el bienio previo a los levantamientos del Magreb y el Mashreq ya tenía una cantidad de acciones de guerra insurgente mucho más alta que en 2004-2005.

En nuestro análisis, la “primavera árabe”, más que “despertar” a resignados, mostró la debilidad de las estructuras estatales que regimentaban a la población de la región, lo que coexistió con una política activa de EEUU y sus socios de la OTAN en varios de estos países, armando grupos que se presentaban como moderados o fortaleciendo su capacidad militar. La sapiencia de David Petraeus reveló toda su impotencia: en una sociedad en guerra civil las fracciones moderadas suelen ser débiles y muchos de sus elementos sucumben a la presión de los extremos. En Irak o Siria, como en la Europa de entreguerras o durante los '70 en América Latina, los moderados, como los liberales, los republicanos o los socialdemócratas, carecen de atractivos para la población y varios de sus miembros defecionan hacia grupos más decididos o colaboran con ellos discretamente.

La idea del gobierno de Barack Obama y Hillary Clinton de apoyar la insurgencia contra el gobierno de Siria, vecino del Irak desmembrado por una guerra civil, no fue coherente con la distensión con Irán, necesaria para una estabilización, aunque sea relativa, del régimen chií-kurdo de Bagdad, ni con la intención más general de combatir la insurgencia suní. La influencia de Arabia Saudita, Israel y Turquía sobre la política siria de Washington parece haberlo conducido a una situación donde la primera potencia mundial fue llevada de las narices por aliados regionales que, por sí solos, tienen una relevancia global discreta. Según Dardo Scavino, son precisamente estas transformaciones en los alineamientos, y no una cuestión estrictamente religiosa, las que explican el surgimiento y consolidación del Estado Islámico:

“En vez de enfrentar a los musulmanes religiosos con los socialistas, o a los islamistas con los nacionalistas, Al Zawahiri proponía unirlos en una nueva alianza contra el gran Satán occidental. [...] pensaba que esta alianza entre musulmanes contra el enemigo común terminaría haciendo regresar a muchos musulmanes laicos a la religión de sus ancestros [...] Al-Qaeda en Irak [...] que a partir de 2014 se convirtió en el Estado Islámico de Irak y Sham, está mayoritariamente compuesta por soldados baazistas del ejército de Sadam Husein [...] esos mismos soldados combatirían después de la derrota del régimen a los grupos que cometían atentados en el territorio iraquí, y lo harían en las filas del Movimiento Despertar [...]. Pero terminarían cometiendo unos años más tarde atentados similares en nombre del Corán y con el objetivo de erigir el califato [...] en un lapso de ocho años esos militares lucharían, primero para defender el régimen de Sadam Husein [...] a continuación, y aliados con sus enemigos de ayer, para

proteger a los iraquíes de los ataques islamistas; finalmente, aliados con los islamistas sunitas para combatir a esos chiitas que terminaron aliándose con los iraníes y con los norteamericanos. Con Sadam Husein luchaban por el Estado Nación. Hoy, por el Estado Islámico. Y estas conversiones no se produjeron por la prédica convincente de los imanes sunitas sino por las sucesivas coyunturas políticas...” (2018: 142/3)

Por otra parte, este contexto de radicalización fue alimentado por el gobierno iraquí del primer ministro Nuri al-Maliki, del supuestamente moderado Partido Islámico Dawa, entre 2006 y 2014. Existen innumerables crónicas periodísticas que retratan la complicidad del régimen, cuando no la autoría, de ataques contra la población suní.

Es precisamente en estas condiciones, de una violenciación creciente de la sociedad, de ascenso a los extremos, de una debilidad notoria y prolongada de la capacidad estatal para administrar y pacificar el territorio, que surgió el Estado Islámico. A continuación, trazaremos algunas hipótesis sociológicas para explicar su legitimidad en algunas partes de Irak y Siria.

Vínculo colonial, violenciación, protección y masa guerrera. Hacia una conclusión sociológica

A lo largo de estas páginas repasamos los procesos de constitución de ciertos elementos de una genérica identidad colectiva del *mundo árabe*, parte del *mundo musulmán*, que presenta, en la historia moderna, aspectos notorios de confrontación con Occidente. A diferencia de Samuel Huntington, aquí planteamos la centralidad de una diferencia cultural, sino de una relación colonial, donde la resistencia y la integración de los colonizados se alternan en distintas dosis.

En el corto plazo, la invasión a Irak reactivó buena parte de ese acervo árabe que, como señaló Enzo Traverso, reconoció distintas formas hasta llegar a representarse hoy en día en el EI:

“...una vez descartadas y desacreditadas en el mundo árabe varias alternativas en el transcurso del siglo XX –del socialismo al nacionalismo, pasando por movimientos democráticos y laicos–, lo que queda, al final, es un repliegue hacia la religión. Mientras las demás ideologías aparecen ahora como transitorias y hasta falaces, el islam se mantiene como la única referencia sólida. [...]

Las revoluciones árabes querían derrocar dictaduras militares [...] pero su horizonte democrático quedaba por reinventar, al igual que su proyecto económico y social. El EI surgió de ese fracaso...” (Traverso, 2018: 123/4)

Según Michel Onfray, se trata de comprender que “... con ocasión de esos combates, unos pueblos que desean liberarse del yugo colonial descubren la capacidad del islam para federarse contra Occidente con una ideología, una espiritualidad y una política de sustitución. Los nacionalismos árabes se constituyen en contra de las antiguas potencias coloniales y, para ello, utilizan un islam radicalmente heterogéneo respecto a Occidente.” (2016: 83)

Dardo Scavino va más allá, y resalta una cuestión central: es la dinámica del conflicto político la que permitió que la recreación de un pasado mítico llevada adelante por un grupo le otorgue legitimidad a su proyecto de un califato:

“Habría que preguntarse entonces si el islamismo político y sus filiales yihadistas son fenómenos originados en tradiciones culturales diferentes o respuestas políticas contrahegemónicas que se apropiaron de esas tradiciones, reinterpretándolas, para oponerse a la hegemonía estadounidense tras la caída del comunismo. Del mismo modo que muchos nacionalistas enfrentados con las potencias coloniales inventaron una tradición étnica o cultural de sus países [...] los yihadistas inventan una tradición religiosa, y una reinterpretación de los textos del pasado, para

consolidar su resistencia contra el liberalismo occidental. No es el retorno de ese pasado lo que provocó la coyuntura política actual, sino la coyuntura política actual la que provocó el retorno de ese pasado.” (2018: 131)

Como bien señaló Patrick Cockburn “Estos espectaculares avances no podrían darse sin el apoyo tácito y la ausencia de resistencia armada por parte de la comunidad árabe suní del norte y el centro de Iraq. Mucha gente recela y teme [...] el fanatismo sectario y sanguinario del EI, pero, por el momento, estas sospechas y temores se han dejado a un lado, superados por un odio aún mayor hacia el Gobierno de Iraq, dominado por los chiíes.” (2016: 470). La propuesta del EI, entonces, resultó “sumamente atractiva para millones de jóvenes suníes a quienes el actual *status quo* económico y político promete únicamente desempleo y pobreza.” (Cockburn, 2016: 473)

Tanto Cockburn como Traverso destacaron la gravísima crisis civilizatoria de la región donde surgió el EI:

“...Alrededor de 4,3 millones de sirios son refugiados y otros 7,6 millones están desplazados [...] Hay otros 3,1 millones de desplazados en Iraq. [...] no podrán volver nunca a sus hogares, porque va a ser demasiado peligroso o se les impedirá físicamente hacerlo. Los palestinos denominan «la *Nabka*», «la Catástrofe» a su expulsión y huida de Palestina en 1948; pues bien, muchas catástrofes cómo esa están ocurriendo ahora mismo en Iraq y Siria... [...] El nivel de violencia es tal que ninguna comunidad quiere saber lo que puede pasarle si queda a merced de otra. (Cockburn, 2016: 570).

“Irak y Afganistán han sido devastados por veinte años de guerras permanentes (Afganistán por la invasión soviética de 1978, Irak por la guerra contra Irán, diez años después). [...] Si se olvidan las consecuencias de esas guerras continuas, la violencia del EI resulta incomprensible. [...]. Hay en ese factor algo específico, que trasciende con mucho el integrismo religioso.” (Traverso, 2018: 110/1)

“La parte del mundo donde nació este grupo ha sufrido una desestabilización y una desestructuración tan grande que se asiste a una pérdida del valor de la vida humana muy comparable a la que pudo vivirse en Europa entre las dos guerras. En uno y otro caso, la muerte violenta se convierte en una modalidad normal de la existencia...” (Traverso, 2018: 117)

Pretendemos agudizar la sensibilidad conceptual para observar la política en condiciones de una gran guerra, que lleva décadas, con la consecuente crisis civilizatoria donde se retraen las inhibiciones sobre la violencia y las capacidades estatales de regular su ejercicio. Este proceso de mediano plazo, que parece crear un arcaísmo, convive con una dimensión de singular modernidad del yihadismo y de todo el pensamiento conservador del siglo XXI, sobre la que existe un enorme consenso en las ciencias sociales: los videos e imágenes del EI están contruidos con una profunda inspiración hollywoodense, tanto en sus términos técnicos como dramáticos, al tiempo que su trabajo en las redes sociales arroja la imagen de un movimiento estructurado sobre los nativos digitales, en un lenguaje específicamente novedoso (Salazar, 2014: 37/44).

A esto debe sumarse la sincronización, casi como en una tormenta perfecta, de la agudización de los conflictos en la región desde 2011, con un repliegue de los principales contingentes de infantería. Esta situación permitió al EI obtener victorias históricas, como la Mosul en 2014, frente a tropas del Estado de Irak que eran numéricamente muy superiores pero que no presentaron combate debido a su ominosa corrupción. En estas circunstancias el prestigio del EI tomó un gran impulso, pues demostraba ser *la* organización capaz de proteger a los suníes oprimidos por el régimen prooccidental, batiendo a sus fuerzas armadas.

En semejante proceso deben mirarse dos aspectos sociológicos de vital importancia. El primero refiere a una redefinición de la espacialidad de una comunidad amenazada, que encuentra en las ideas y en la capacidad política y militar del EI, una “...dimensión universalista [...] ausente en los fascismos europeos; reivindica el principio de la *umma*, una comunidad religiosa que reúne a todos los fieles sin limitaciones étnicas ni territoriales e incluye una diáspora musulmana. [...] por paradójico que parezca, las afinidades de esta concepción con el sionismo, tanto más fuertes que las que tiene con el nazismo.” (Traverso, 2018: 112) En tiempos de la globalización, las derechas forjadas en la gran guerra en Oriente Medio, el sionismo y el yihadismo, tienen, al menos desde la doctrina, menos suelo aunque no menos sangre que la derecha del siglo XX europeo.

Sin embargo, la dimensión de lo territorial no está para nada ausente. Como destaca Loreta Napoleoni: “Por primera vez desde la Primera Guerra Mundial, una organización armada está trastocando el mapa de Oriente Próximo trazado por Francia y Gran Bretaña. [...] el Estado Islámico (EI), previamente conocido por Estado Islámico de Irak y Levante (al Sham), ISIL o ISIS, borra las líneas fronterizas trazadas en virtud del Acuerdo Sykes-Picot...” (2014: 8)

Frente a estas amplias escalas de la espacialidad y la temporalidad de esta comunidad, se corresponden otras mucho menores, telúricas e hija directa de circunstancias recientes: la necesidad de protegerse en un entorno de creciente violencia sectaria, de poderes centrales, dependientes de fuerzas imperiales, que aplastan a las comunidades locales suníes.

En este plano cobra mayor sentido la forma en la cual el EI construyó algún grado de legitimidad. En términos formales se asemeja al vínculo de vasallaje que se fue estableciendo en varias zonas de Europa durante el período final del Imperio Romano y dio lugar a las estructuras sociales de la Edad Media. En la tipología weberiana: “por pacto de fidelidad con el señor legitimado como tal” (Weber, 2005: 181). Recordemos a su vez, el carácter “personal” de la relación entre el señor y sus vasallos y el rol decisivo, y ajeno a lo económico en lo esencial, del vínculo establecido (Weber, 2005: 205). Retornamos entonces una cuestión clave para comprender la estructuración del EI: su anclaje local y radicalmente opuesto al Estado-nación imitador/heredero de la relación colonial. No en vano, especialistas como Virgine Colomber y Oliver Roy (2018) destacaron la relación entre las tribus y el yihadismo actual.

Por otro lado, finalmente, una dimensión sincrónica del problema resulta comprensible través de la noción de *masa guerrera* de Elías Canetti, que tal vez nos permita una aproximación más sustantiva de la adhesión de varios grupos suníes de Irak a esa organización política que, a nuestros ojos, resulta tan brutal:

“¿Cómo se llega, sin embargo, a la *formación* de la masa bélica? ¿Qué es lo que crea de golpe esa increíble cohesión? [...]

Uno decide que está amenazado de exterminio físico y lo proclama sin reservas a todo el mundo «A mí pueden matarme», dice, mientras piensa por dentro: «porque yo mataría a este o aquel.» En realidad el acento debería recaer

en la segunda frase: “Yo mataría a este o aquel, y por eso pueden matarme a mí». Pero para iniciar una guerra, para provocar su *estallido* y animar la actitud belicista entre la propia gente, solo se admite la primera versión. [...] La amenaza consiste en el hecho de que alguien se arroga el derecho de matar a los demás. Todos los individuos de cada bando se encuentran bajo la misma amenaza: esta los iguala a todos [...] El exterminio físico, del que por lo general nos sentimos protegidos por la propia sociedad en la que vivimos, se identifica de pronto con el hecho de pertenecer precisamente a ella. Se decreta por igual la más terrible de las amenazas sobre todos los que forman parte de un determinado pueblo. Miles de personas, a cada una de las cuales se les ha dicho por separado, aunque en el mismo instante: «Tú has de morir», se unen para conjurar el peligro de muerte. [...] se reúnen hasta alcanzar una gran densidad y, para defenderse mejor, se someten a una dirección común. [...] El estallido de una guerra es antes que nada el *estallido de dos masas*. En cuanto se constituyen, la suprema intención de cada una de estas masas es *mantenerse*, tanto en su convicción como en su acción. Renunciar a ellas equivaldría a renunciar a la vida misma. La masa bélica actúa siempre como si *fuera* de ella no hubiera más que *muerte*, [...] La muerte, por la que en realidad todos estamos siempre amenazados, deberá ser anunciada como *condena colectiva* para que se la enfrente activamente. Hay, por así decirlo, *épocas de muerte declarada* en las que esta se vuelve hacia un determinado grupo escogido de forma arbitraria.” (Canetti, 2005: 146)

Bibliografía

- AAVV (2015), *La Internacional yihadista*, Madrid, Instituto Español de Estudios Estratégicos.
- Alonso Ibarra, Miguel y Alegre Lorenz, David (2018), “Ciclos bélicos largos, guerra total y violencia de masas”, en David Alegre Lorenz, Miguel Alonso Ibarra y Javier Rodrigo (coords.), *Europa desgarrada. Guerra, ocupación y violencia, 1900-1950*, Zaragoza, PUZ, pp. 9-47.
- Anderson, Perry (2009), *El Estado Absolutista*, México, Siglo XXI.
- Anderson, Perry (2014), *Imperium et Consilium. La política exterior norteamericana y sus teóricos*. Madrid: Akal
- Armanian, Nazanín y Zein, Marta (2017), *No es la religión, estúpido. Chiíes y suníes, la utilidad de un conflicto*, Madrid, Akal.
- Beck, Glenn (2015). *It is about Islam. Exposing the truth about ISIS, Al Qaeda, Iran and Caliphate*, New York, Threshold Editions/Mercury Radio Arts.
- Benraad, Myriam (2008), “Sobre el fenómeno árabe sunnita iraquí: recomposiciones sociales, paradojas identitarias y conmociones geopolíticas bajo la ocupación (2003-2008)”, *Herodote* nº 130 [traducción Mariana Maañón]
- Burgat, François (2016), *Comprendre l'islam politique. Une trajectoire de recherche sur l'altérité islamiste, 1973-2016*, París, Éditions La Decouverte.
- Campanini, Massimo (2011), *Historia de Medio Oriente. De 1798 a nuestros días*, Madrid, Machado.
- Canetti, Elías (2005), *Masa y poder*, Barcelona, Random House.
- Cockburn, Patrick (2015), *ISIS. El retorno de la yihad*, Barcelona, Planeta.
- Cockburn, Patrick (2016), *La era de la yihad. El Estado Islámico y la guerra por Oriente Próximo*, Madrid, Capitán Swing.

- Dakhli, Leyla (2016), *Historia contemporánea de Medio Oriente. Detrás de los mitos*, Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Dower, John (2018). *El violento siglo americano. Guerras e intervenciones desde el final de la segunda guerra mundial*. Barcelona: Crítica
- Dyer, Gwynne (2015), *Don't panic. ISIS, terror and today's Middle East*, Canadá, Penguin Random House.
- Erelle, Ana (2015), *En la piel de una yihadista*, Barcelona, Debate.
- Étienne, Bruno (1996), *El islamismo radical*, Madrid, Siglo XXI.
- Fontana, Josep (2011), *Por el bien del Imperio. Una historia del mundo desde 1945*, Barcelona, Pasado & Presente.
- Gabriel, Mark (2002), *Islam and terrorism*, Lake Mary, Charisma House Book Group.
- Gerges, Fawas (2016), *ISIS. A history*, Princeton, New Jersey.
- González Calleja, Eduardo (2013), *El laboratorio del miedo. Una historia general del terrorismo desde los sicarios hasta Al Qaeda*, Barcelona, Crítica.
- González Calleja, Eduardo (2017), *Asalto al poder. La violencia política organizada y las ciencias sociales*, Madrid, Siglo XXI.
- Huntington, Samuel (1997), *El choque de las civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Buenos Aires: Paidós.
- Jordan, Javier (2004), *Los orígenes del terror. Indagando los orígenes de la violencia terrorista*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- Kaldor, Mary (2001). *Las nuevas guerras. Violencia organizada en la era global*, Barcelona, Tusquets.
- Kepel, Gilles (2000), *La yihad. Expansión y declive del islamismo*. Barcelona: Planeta.
- Kepel, Gilles (2016), *El terror entre nosotros. Una historia de la yihad en Francia*, Barcelona, Península.
- Laqueur, Walter (2003), *Una historia del terrorismo*, Barcelona, Paidós.
- Luizard, Pierre-Jean (2015), “La emergencia del Estado Islámico. Claves geopolíticas, historia y clivajes confesionales”, en *Nueva Sociedad* No 257, 48-63.
- Marius, Lazard (2008), “Basora: geopolítica de una región chiíta”, *Heródote* nº 130. [Trad. Mariana Maañón]
- Mandsen, W. y otros (2016), *ISIS IS US. The Shocking Truth Behind the Army of Terror*, San Diego, Progressive Press.
- McCant, William (2015), *The ISIS apocalypse. The story, strategy and doomsday vision of islamic state*, New York, McMillan.

- Meijer, Roel (2007), “La revuelta de Falluya y el discurso cambiante de la resistencia sunní”, en Cristina De La Puente y Delfina Serrano (eds.) *Activismo político y religioso en el mundo islámico*, Madrid, Siglo XX, pp. 63-84.
- Moore, Johnnie (2015), *Defying ISIS. Preserving Christianity in the Place of Its Birth and in Your Own Backyard*, Tenesse, Publishing Group.
- Morell, Michael y Harlow, Bill (2016). *La gran guerra de nuestro tiempo. La guerra contra el terror contada desde adentro de la CIA. De Al Qaeda a ISIS*, Barcelona, Planeta.
- Munkler, Herfried (2005), *Viejas y nuevas guerras. Asimetría y privatización de la violencia*, Madrid: Siglo XXI.
- Murad, Nadia (2019), *Yo seré la última. Historia de mi cautiverio y mi lucha contra el Estado Islámico*, Buenos Aires, PyJ.
- Napoleoni, Loretta (2014), *El fénix islamista. Estado Islámico y el rediseño de Oriente Próximo*, Paidós, Barcelona.
- Nievas, Flabián (ed.) (2007), *Aportes para una sociología de la guerra*, Buenos Aires: Proyecto Editorial.
- O’Sullivan, Noel (1987), *Terrorismo, ideología y revolución*, Madrid, Alianza.
- Onfray, Michel (2016), *Pensar el Islam*, Buenos Aires, Paidós.
- Peters, Ruud (2007), “El concepto de *Yihad* a comienzos del siglo XXI”, en De la Puente, Cristina y Serrano, Delfina (comps.) (2007), *Activismo político y religioso en el mundo islámico contemporáneo*, Madrid, Siglo XXI, pp. 45-61.
- Petraeus, David (2009), “Guía de contrainsurgencia del comandante de la fuerza internacional-Irak”, *Military Review (edición Latinoamérica)* Enero – Febrero. Pp. 2 – 5.
- Roy, Olivier y Collombier, Virgine (Editores) (2018), *Tribes and Global Jihadism*, Oxford, Oxford.
- Roy, Olivier (2017), *Yihad and death*, London, Oxford.
- Russel, Howard y Sawyer, Reid (2005), *Terrorismo y contraterrorismo*, Buenos Aires, Centro Naval.
- Saborido, Mercedes y Borrelli, Marcelo (2016), *Historia del fundamentalismo islámico desde sus orígenes hasta el ISIS*, Buenos Aires, Biblos.
- Salazar, Pierre-Josep (2016), *Palabras armadas. Entender y combatir la propaganda terrorista*, Barcelona: Anagrama.
- Scavino, Dardo (2018), *El sueño de los mártires. Meditaciones sobre una guerra actual*, Buenos Aires, Anagrama.
- Sofsky, Wolfgang (2004), *Tiempos de horror. Amok, violencia, guerra*, Madrid: Siglo XXI.

- Stackelbeck, Erick (2015), *ISIS Exposed. Beheadings, slavery, and the hellish reality of radical islam*, New Jersey, Regnery.
- Stern, Jessica y Berger, J. (2015), *ISIS. The state of terror*, Sydney, HarperCollins.
- Tawil Kuri, Marta (2016), *Siria. Poder regional, legitimidad y política exterior*, México, COLMEX.
- Torres Soriano, Manuel (2007), *La dimensión propagandística del terrorismo yihadista global*, Tesis de Doctorado. Granada, Universidad de Granada.
- Traverso, Enzo (2018), *Las nuevas caras de la derecha*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Verstrynge, Jorge (2007), *Frente al Imperio. Guerra asimétrica y guerra total*, Madrid: FOCA.
- Villalba Hernández, Alba (2015). *La mediatización del carisma del Estado Islámico: propaganda para un estado yihadista burocrático*, Tesis de Maestría en Comunicación Política, Madrid, Universidad Complutense.
- Warrick, Joby (2015), *Black flags. The rise of ISIS*, New York, Penguin Random House.
- Weber, Max (2005), *Economía y sociedad*, México, FCE.
- Vernet, Juan (2013), *Lo que Europa debe al Islam de España*, Barcelona, Acantilado.
- Wiewiorka, Michel (2015), “Global terrorism as antimovement”, disponible en <https://wiewiorka.hypotheses.org/369> [visitado julio de 2019]
- Wood, Graeme (2017), *La guerra del fin de los tiempos ¿Qué quiere realmente el Estado Islámico?*, Madrid, Taurus.
- Wright, Lawrence (2011), *La torre elevada. Al-Qaeda y los orígenes del 11-S*, Buenos Aires: Debate.